

PRECIO: \$ 0.15

MILLONARIO A LA VISTA



● Otro instante de la novela radial: el ilustrísimo señor Alberzoni es acompañado con ejemplar solicitud hasta la puerta de la Jefatura, para protegerlo de las moscas. La actitud del sub-jefe ha merecido elogios de todos los espíritus viriles y austeros, que sa-

ben que se trata de un gesto corriente del funcionario, que no hace distingos entre ricos y pobres, entre poderosos y humildes. Cualquier similitud, pues, con un acto de adulterio o servilismo es pura coincidencia.

¡MUY BIEN DOCTOR RAMIREZ!

Siempre a la altura de sus antecedentes. Y hablamos de su altura moral, por supuesto. Ese editorial donde enfrenta a la policía, nos ha parecido maravilloso. ¡Qué brio, qué arrogancia, qué coraje para un hombre de sus años, doctor! Sin embargo, creemos que debió decirle más cosas a esos mozos atrevidos de la Jefatura. Porque Ud. estaba defendiendo a un periodista de su diario, y nosotros sabemos bien con qué calor y sinceridad sabe defender Ud. las causas justas. Ud. es un gran hombre, doctor Ramírez. Si la policía se mete con un cronista suyo, usted sabe jugarse en salvaguardia de la verdad y la razón... Usted ha demostrado que no teme a la policía. Ahora, que... si se tratará de Scheck, la cosa sería distinta... ¡no es así?

Una Víctima de la Calumnía



● Todavía estamos sorprendidos de que varias almas negras hayan acusado de veñal al prestigioso periodista compatriota Jorge Thevenet. Parecen ignorar su brillante trayectoria al servicio de la democracia, cumpliendo jornadas agotadoras en el seno de asambleas y reuniones de maestros, de obreros y de estudiantes.

Gracias al celo funcional de este patriota 100-100, la policía ha podido enterarse a tiempo de los propósitos subversivos de muchos sectores que no compartían, por ejemplo, el sentido de las medidas extraordinarias de 1952.

Creemos que la ocasión es propicia para rendirle un homenaje a quien, siendo un gran policía - periodista, o periodista - policía, tanto contribuye a que aumente al "tírate" de su diario, el gran rotativo "El Plata".

CAYÓ EL ASESINO

SE ESPERA QUE HABLE

● ¡Cayó el asesino...! Como quien dijera "cayó la flor al río". Volvemos a repetir que cayó el asesino... Y sentimos en ese mismo momento una voz que niega:

—No cayó.

—Sí, te digo que cayó.

—Y confesó todo?

—No. Cayó... y siguió "cayendo".

—Ay, loco... ! ¿Pero te queres cazar?

● Así, más o menos taquigráficamente damos la versión del diálogo plástico sostenido con la "poli". Y conste que esta "poli" nada tiene que ver con el Poli, chofer de Alberzoni, al que se supone con más conocimientos que el diccionario Espasa - Calpe. La "poli" a que nos referimos es la que manda el notable pescador con caña y pondonoroso militar que es don Pedro Onetti (h.). Y hay que ver lo que nos costó poner esa pa-

labrita — pondonoroso —, enseguida después de la caña. Se nos trabó la pluma...

● La situación, a esta altura, vendría a ser la siguiente... (Che, ¿y si hablamos de otra cosa? ¿Ustedes no están podridos con el caso Alberzoni...?)

● —¿Otro suicidio más? (No puede ser! El país va a la

ruina...) Se escuchan en el Parlamento varias voces de protesta, surgidas del sector herrenista, naturalmente. Es que esa política de los "suicidios" ("suicidio" a los frigoríficos, "suicidio" al trigo, etc.) ya está requiriendo una autopsia y un severo análisis de las aguas.

● Con nuestros informes, era siempre él que levantaba el muerto. Y un muerto más... ¿qué le importa al Paraguay, donde naci como tú?

● Sí, estamos todos locos. De acuerdo. ¿Y qué hay?

● Que venga Más de Ayala... Tenemos... derecha... a seguir nuestro propio médico, ¿verdad? Y por otra parte, nos han dicho que con este doctor la salud es más de "ayala" que de "perdida".

● ¡Cayó el asesino...! Pero parece que le dió por leer aquello de Amafuerte: "Si te caes diez veces, te levantas otras diez, otras cien, otras quinientas..."

Y ha pegado el rajo.

● Y después de todo, la cuestión es según dónde se cae. Como nos decía una vecina muy experta en la materia y que ayuda mucho a su esposo, que es colchonero. Y bastante lanudo el pobre.

EL TERRO *imprudente*

Año II

Montevideo, 8 de Agosto de 1956

Nº 18

● ¡Cayó el asesino...! Pero parece que le dió por leer aquello de Amafuerte: "Si te caes diez veces, te levantas otras diez, otras cien, otras quinientas..."

Y ha pegado el rajo.

● Y después de todo, la cuestión es según dónde se cae. Como nos decía una vecina muy experta en la materia y que ayuda mucho a su esposo, que es colchonero. Y bastante lanudo el pobre.

● ¡Cayó el asesino...! Pero parece que le dió por leer aquello de Amafuerte: "Si te caes diez veces, te levantas otras diez, otras cien, otras quinientas..."

Y ha pegado el rajo.

● Y después de todo, la cuestión es según dónde se cae. Como nos decía una vecina muy experta en la materia y que ayuda mucho a su esposo, que es colchonero. Y bastante lanudo el pobre.

¡Una Luz en la Ventana...! ¿No la Viste? ¡Qué Macana!



Desde ahora y para siempre este chalet de San Rafael será motivo de curiosidad y de interés para el turismo, más o

menos de radio - teatro. Entre sus paredes se gestó y culminó un drama que todavía comienza a la opinión pública.

"La campagna" será puesto

en venta próximamente, y el Estado bien podría llegar a ser su nuevo dueño. El sitio es apto para instalar una Co-

lonia de Vacaciones para guarda-civiles, o quizás para los esforzados informantes de la Sección Inteligencia y Enlace, sean o no, al mismo tiempo,

funcionarios judiciales y periodistas. ¡Inteligencia y Enlace! Pero viste vos dos palabritas que se contradigan más...?

EL TERO imprudente.

Escribe LAST REASON

MEMORIAS DE UN CABALLO de HANDICAP



Cada vez que oigo decir por ahí: "En la perra vida!", se me ocurre pensar que el género humano es un generito cualquiera. Decir perra vida para expresar el colmo de la desdicha, es hacer un olvido lamentable de la vida cabalina. ¡Ahí sí que hay desgracias, calamidades y porquerías revueltas y batidas al merengue! La existencia de un caballo de carrera bate todos los records de infelicidad

habidos y por haber. Yo, que me he visto castigado, despreciado, que he sufrido la descalificación, el cambio de nombre, el dooping, el bombo, puedo decir sin falso orgullo que no me cabe ni un aífler en lo relativo a sufrimientos. Hoy, viejo y maceta, tiro la bronca y me deshago con el justo, siquieras para que mis descendientes no tengan que avergonzarse de su padre!

Cuando me llegó la hora infeliz de comenzar mi vida hipica, yo sentía todos los ardores de un potro y la vanidad de un diputado provincial cuando baja a Buenos Aires. Sonaba oen victorias, con clásicos, con copas de oro... y lo único que obtuve fueron bastos; erré el palo. Paciencia. Nosotros los caballos nos damos perfecta cuenta de lo que se pretende de nuestra raza, al seleccionarla por la cruda y vigorizarla por el entrenamiento. No ignoramos que cada vez que salimos a la pista, se nos enciende una misión de honor: llegar primero a la raya. Por esto, el día en que me vi, reluciente como un fraile, puesto en la cinta de la largada, bajo la dirección de un muñeco vestido de carnaval, no pude menos que llamar a mi todas las fuerzas y disponearme a rajor como un balazo así que se alzaron las del lleno.

Infeliz de mí! El canalla del jockey, cada vez que el pelotón se arrimaba a la máquina, me hacía sentir el rigor del freno impidiéndome picar con los otros. Al fin, en el refugio del levante, pude yo más que él y salí con el grupo, retrocediendo en los primeros puestos. Todavía me duele la boca cuando me acuerdo de aquel debut! Yo, empecinado de pasar al frente; él, tozudo por dejarme porra... Por último, viendo mi jockey que a crápula me ganaba pecho bruto no, dejó que me saliera con la mía y ahí nomás me les fui de un viaje hasta donde la pista se redondea como el pecho de una piba. Mi jinetete, harto de reventarme la boca inutilmente, cambió de táctica, y en su afán por perderme abrió hasta llevarme a las verjas, dejando un campo entre el pelotón que pasó de largo y mi pobre y entusiasta energía. Así mismo, volví a intentar darle caza al grupo, pero sin conseguir otra cosa que fatigarme al puro corte. Cubierto de espuma, jadeante, reventado, de qui mi compositor le decía al verdugo:

—Qué tal, che, el burrito...?

—No te visto cosa mejor. Tengo los brazos rotos de tanto tironear.

—Bueno. En la próxima, papá.

Me di cuenta enseguida que aquellos canallas habían cometido conmigo eso que llaman un "bombeo". Sufri y aguanté, preparando mi desquite. Al domingo siguiente, cuando me llevaron otra vez al hipódromo, o a mi compositor hacerle estas recomendaciones al jockey:

—Mirá, el patrón no anda en fondos. Correlo pa' los giles otra vez, hasta que el tipo se haga de moneda.

Me dió una bronca! Es que me iban a tener así hasta que se les diera la gana? Pero mi nombre fué mayor cuando escuché que el jockey le batía al oido a un reto mal entrizado que se arrimó despidamente:

—Metete quinientos para mí a este que corro. Ellos quieren bombearlo, pero yo me tiro por mi cuenta.

Canallá! Fué tal mi indignación que me propuse mandarlo muerto a mí vez a tal paradura. Esta ocasión no trató por cierto de hacerme quedar en la largada. Me hostigó para picar adelante y yo le hice el gusto. Salimos a dos manos, en un tren de 58, y si yo hubiese querido ese día los hurtamos a todos por media cancha. Pero mi venganza se realizó completa al doblar el codo. Allí, tal cual él me había enseñado el otro domingo, me abrí hasta tocar con las patas la ferretería de la verja. ¡Ahijuna y cómo se cabrió el mochito...! Me hizo sonar a azotes para recuperar el terreno perdido, pero sentado en la retraña me contenté con ponermee cuarto en el marcador. ¡Las maldiciones

del chorro cuando hubo de palmar los mil mangos de la jugada! El que quedó muy contento de la carrera fué el compositor, muy aejno el pobre al peligro que había corrido de ir completamente mortadela.

—x—

Por fin el tercer ensayo, unidos los tres por un mismo deseo de ganar, fuimos derecho a la moneda. Cotización baja. Casi todos los boletos en poder de la banda. Dividendo de orden... Y sucedió lo inconcebible: un burrito infame que se me cruzó en el momento de la atropellada, y otro burrito que, aprovechando el incidente, se me fue hasta la raya sin que todos los esfuerzos consiguieran otra cosa que el segundo puesto, a la cabeza.

—x—

Mala suerte! Despues del fracaso, fué preciso recomendar el despiste del público, metido hasta la coronilla en que debía de ser un hurto en el próximo encuentro. Me bombaron tanto, que yo perdi por completo mi vergüenza, y cuando quisieron ganar, era uno de esos caballos absurdos que se achican en el codo como traje de confección. ¡Las palizas que me dieron! Los metejones que se llevaron! Harts de mi tanto como yo je ellos, decidieron venderme, y fui a parar a manos de un nuevo ladrón, quien, después de dejarme descansar una temporada, probó mis fuerzas en aprontes de medianoche, sacando en limpio que yo era un buen caballo para dejar tecleando a la cátedra... siempre que se me ayudara con una inyección de estímulate. ¡Bandidos! El efecto de aquella droga hizo que yo me volviera loco. Corri, gané y todos los diarios se hicieron eco del milagro realizado por el compositor "que había dado en la tecla del entrenamiento".

—x—

Cada vez que mi verdugo quería ganar, me ensartaba en el cuerpo un chorro de fuego, capaz de levantar las energías de un caballo de madera, y así, en contra de mi voluntad, hice cosas estupendas, ganando carreras soberbias y perdiendo otras al parecer facilísimas. Tanto hizo el muy canalla, que un día se descubrió el



pastel y mi nombre se cubrió de oprobio, descifrándome de la lista de animales decentes. No terminó aquí el tormento de mi vida. Eliminado de Palermo, fui llevado San Martín, donde otro miserable reanudó conmigo la serie de canaladas, calzándose las patas con hereduras prohibidas cada vez que querían asaltar la cátedra y llenarse los bolsillos. Un día, aburrido de todo, intenté suicidarme tirándome a muerto contra los palos. No lo conseguí, pero quedé a la miseria, tan a la miseria que se habla de hacerme chorizos si no sanaba pronto.

—x—

Defendiendo mi cuero, curé y me sometí de nuevo a sus picardías, bien que con el propósito de arriunarles el trabajo. Un día de mucho barro, en que "iba derecho", me entretuve en rajárselas las patas a todos los competidores de la carrera, gracias a los clavos salientes con que me habían adornado. Protestaron los propietarios, se me examinó y volví a ser descalificado. Entonces me tusaron, me desfiguraron el cuero con una mano de pintura, y, anotado bajo difente nombre, fui llevado a Temperley donde gané repetidamente. Incapaz de luchar contra la barbarie de palos, hacia yo cuanto ellos querían, hasta que un domingo tuve una idea genial: En la balanza, después de haber ganado y mientras pesaban a mi jockey, escribí con la pata en el suelo las letras de mi verdadero nombre.

La que se armó...! Los diarios dijeron cosas sorprendentes de mi inteligencia y tuve mi cuarto de hora de popularidad, que me valió la más grande paliza soportada por ancas de caballo. Ahora se habla de mandarme a Mendoza, a reanudar las fechorías pasadas. Yo no quiero ir. Socórranme. Si vive todavía el viejito Albarracín, cuéntele esta historia y pidanle por favor que se interese por un honesto sangre pura, convertido en ladrón por la codicia de los hombres.

AQUEL TIPO CREA...

...Que una galería era un comercio donde se vendían galerías...

tajado... por los demás estudiantes...

...Que un estudiante aventajado, era un estudiante aven-

ta...

...Que la peritonitis era una enfermedad que atacaba sólo a los peritos...

...Que los perros de agua eran perros líquidos...

...Que una persona oronda era una que tenía mucho oro...

...Que Morfeo era el dios del "morde"...

...Que las matemáticas era la ciencia que enseñaba como debe cebarse el mate...

...Que una pitonisa era una dama entendida en pitos...

CARINA

Regalos

21 de Setiembre 1930

GOTITAS

Era un chico tan precoz que a los seis años ya había cumplido los veinte.

* * *

—Mozo, ¿tiene algo frío?

—Sí señor. Los pies.

* * *

Vendía naranjas tan grandes que en una docena sólamente cabían ocho.

* * *

Solamente los idiotas están seguros de lo que dicen

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

* * *

Yo soy casado, también.

Pertenecía a una familia de fenómenos. Si su tatarabuelo no hubiese muerto en 1836 él tendría 26 años.

* * *

La maestra. — Que tienen los elefantes que no tienen los demás animales?

—Un nene. — Elefantito.

Cartelera Política

"AMOR ENVENENADO". — Herrera y Haedo.

"TODAS LAS MUJERES SERAN MIAS". — Fusco.

"EL CARTERO BAILA TANGOS". — Coronel Macchi.

"LA FURIA DE LOS JUSTOS". — Fué en Carmelo.

"EL FANTASMA DEL ESPACIO". — González Conzi.

"EL PRISIONERO". — Martín R. Echegoyen.

"EL DERECHO DE 'NASSER'". — Abdala.

"TODO A GANADOR". — Washington Fernández.

"SIEMPRE AMANECE OTRA VEZ". — Alberto Demichelli.

"FLECHAS INCENDIARIAS". — "El Día" y "Acción".

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

EL TERO impudente

UN CUENTO VERDE, VERDE...



Las 16 infantas-jovenes seleccionadas por el jurado de Long Beach. (Acáramos que eso de "long beach" no quiere decir "largo-bicho", ni nada por el estilo.)

Los Partes de Don Menchaca

DOS CADAVERES CONVICTOS

Puntas del Arrayán Chico, diciembre 22 de 1895.
Señor Gefe Político y de Policía del Dto.
Comandante don Anjelino Pimienta.
URGENTE.

A PRECIADO Usia:
Violentamente reataados por devajo de la parte inferior del vientre de los respetuos equinos, como se lo meresén a causa de su irrespetosidad y acusia de coitura pública, le ajunto en calidad de presos a los endividados Redusindo Camejo y Diograsio Arroyal, los cuales endividados —y que me dispense Usia la forma despetiba en que mi dinidá ulturajada me ovliga a desearlos— acaban de cometer contra mis sagrados fueros autoritarios el delito que paso a relatar iso fato?

—¿A qué vienes, después de haberme dejado "por oto"?

—Y sin esperar la respuesta, casi con indiferencia, le dije:

—No me importa. Que cebolla... Digo, que se vaya!

Entretanto, el consecuente Lechuguino se había metido en un cañaveral de azúcar para ver si olvidaba tanta amargura. Y como un milonguero cualquiera se lo pasaba entre caña y caña...

Lechuga lo encontró en un momento romántico, entregado a la oración como un coliflor. Y encima le encajó una "patata" feroz.

El tipo no se convocó, aunque ella lloraba por todos sus "porros".

—Me voy con una judia — le declaró con terrible cinismo.

Y se fué nomás, abandonándola como un "higo"...

Las amigas le preguntaron a la desgraciada Lechuga:

—¿No te importa que te abandone así?...

—No me importa. Que cebolla...

Entretanto, el consecuente Lechuguino se había metido en un cañaveral de azúcar para ver si olvidaba tanta amargura. Y como un milonguero cualquiera se lo pasaba entre caña y caña...

Lechuga lo encontró en un momento romántico, entregado a la oración como un coliflor. Y encima le encajó una "patata" feroz.

El tipo no se convocó, aunque ella lloraba por todos sus "porros".

—Me voy con una judia — le declaró con terrible cinismo.

Y se fué nomás, abandonándola como un "higo"...

Las amigas le preguntaron a la desgraciada Lechuga:

—¿No te importa que te abandone así?...

—No me importa. Que cebolla...

Entretanto, el consecuente Lechuguino se había metido en un cañaveral de azúcar para ver si olvidaba tanta amargura. Y como un milonguero cualquiera se lo pasaba entre caña y caña...

Lechuga lo encontró en un momento romántico, entregado a la oración como un coliflor. Y encima le encajó una "patata" feroz.

El tipo no se convocó, aunque ella lloraba por todos sus "porros".

—Me voy con una judia — le declaró con terrible cinismo.

Y se fué nomás, abandonándola como un "higo"...

Las amigas le preguntaron a la desgraciada Lechuga:

—¿No te importa que te abandone así?...

—No me importa. Que cebolla...

Entretanto, el consecuente Lechuguino se había metido en un cañaveral de azúcar para ver si olvidaba tanta amargura. Y como un milonguero cualquiera se lo pasaba entre caña y caña...

Lechuga lo encontró en un momento romántico, entregado a la oración como un coliflor. Y encima le encajó una "patata" feroz.

El tipo no se convocó, aunque ella lloraba por todos sus "porros".

—Me voy con una judia — le declaró con terrible cinismo.

Y se fué nomás, abandonándola como un "higo"...

Las amigas le preguntaron a la desgraciada Lechuga:

—¿No te importa que te abandone así?...

—No me importa. Que cebolla...

Entretanto, el consecuente Lechuguino se había metido en un cañaveral de azúcar para ver si olvidaba tanta amargura. Y como un milonguero cualquiera se lo pasaba entre caña y caña...

Lechuga lo encontró en un momento romántico, entregado a la oración como un coliflor. Y encima le encajó una "patata" feroz.

El tipo no se convocó, aunque ella lloraba por todos sus "porros".

—Me voy con una judia — le declaró con terrible cinismo.

Y se fué nomás, abandonándola como un "higo"...

Las amigas le preguntaron a la desgraciada Lechuga:

—¿No te importa que te abandone así?...

—No me importa. Que cebolla...

Entretanto, el consecuente Lechuguino se había metido en un cañaveral de azúcar para ver si olvidaba tanta amargura. Y como un milonguero cualquiera se lo pasaba entre caña y caña...

Lechuga lo encontró en un momento romántico, entregado a la oración como un coliflor. Y encima le encajó una "patata" feroz.

El tipo no se convocó, aunque ella lloraba por todos sus "porros".

—Me voy con una judia — le declaró con terrible cinismo.

Y se fué nomás, abandonándola como un "higo"...

Las amigas le preguntaron a la desgraciada Lechuga:

—¿No te importa que te abandone así?...

—No me importa. Que cebolla...

Entretanto, el consecuente Lechuguino se había metido en un cañaveral de azúcar para ver si olvidaba tanta amargura. Y como un milonguero cualquiera se lo pasaba entre caña y caña...

Lechuga lo encontró en un momento romántico, entregado a la oración como un coliflor. Y encima le encajó una "patata" feroz.

El tipo no se convocó, aunque ella lloraba por todos sus "porros".

—Me voy con una judia — le declaró con terrible cinismo.

Y se fué nomás, abandonándola como un "higo"...

Las amigas le preguntaron a la desgraciada Lechuga:

—¿No te importa que te abandone así?...

—No me importa. Que cebolla...

Entretanto, el consecuente Lechuguino se había metido en un cañaveral de azúcar para ver si olvidaba tanta amargura. Y como un milonguero cualquiera se lo pasaba entre caña y caña...

Lechuga lo encontró en un momento romántico, entregado a la oración como un coliflor. Y encima le encajó una "patata" feroz.

El tipo no se convocó, aunque ella lloraba por todos sus "porros".

—Me voy con una judia — le declaró con terrible cinismo.

Y se fué nomás, abandonándola como un "higo"...

Las amigas le preguntaron a la desgraciada Lechuga:

—¿No te importa que te abandone así?...

—No me importa. Que cebolla...

Entretanto, el consecuente Lechuguino se había metido en un cañaveral de azúcar para ver si olvidaba tanta amargura. Y como un milonguero cualquiera se lo pasaba entre caña y caña...

Lechuga lo encontró en un momento romántico, entregado a la oración como un coliflor. Y encima le encajó una "patata" feroz.

El tipo no se convocó, aunque ella lloraba por todos sus "porros".

—Me voy con una judia — le declaró con terrible cinismo.

Y se fué nomás, abandonándola como un "higo"...

Las amigas le preguntaron a la desgraciada Lechuga:

—¿No te importa que te abandone así?...

—No me importa. Que cebolla...

Entretanto, el consecuente Lechuguino se había metido en un cañaveral de azúcar para ver si olvidaba tanta amargura. Y como un milonguero cualquiera se lo pasaba entre caña y caña...

Lechuga lo encontró en un momento romántico, entregado a la oración como un coliflor. Y encima le encajó una "patata" feroz.

El tipo no se convocó, aunque ella lloraba por todos sus "porros".

—Me voy con una judia — le declaró con terrible cinismo.

Y se fué nomás, abandonándola como un "higo"...

Las amigas le preguntaron a la desgraciada Lechuga:

—¿No te importa que te abandone así?...

—No me importa. Que cebolla...

Entretanto, el consecuente Lechuguino se había metido en un cañaveral de azúcar para ver si olvidaba tanta amargura. Y como un milonguero cualquiera se lo pasaba entre caña y caña...

Lechuga lo encontró en un momento romántico, entregado a la oración como un coliflor. Y encima le encajó una "patata" feroz.

El tipo no se convocó, aunque ella lloraba por todos sus "porros".

—Me voy con una judia — le declaró con terrible cinismo.

Y se fué nomás, abandonándola como un "higo"...

Las amigas le preguntaron a la desgraciada Lechuga:

—¿No te importa que te abandone así?...

—No me importa. Que cebolla...

Entretanto, el consecuente Lechuguino se había metido en un cañaveral de azúcar para ver si olvidaba tanta amargura. Y como un milonguero cualquiera se lo pasaba entre caña y caña...

Lechuga lo encontró en un momento romántico, entregado a la oración como un coliflor. Y encima le encajó una "patata" feroz.

El tipo no se convocó, aunque ella lloraba por todos sus "porros".

—Me voy con una judia — le declaró con terrible cinismo.

Y se fué nomás, abandonándola como un "higo"...

Las amigas le preguntaron a la desgraciada Lechuga:

—¿No te importa que te abandone así?...

—No me importa. Que cebolla...

Entretanto, el consecuente Lechuguino se había metido en un cañaveral de azúcar para ver si olvidaba tanta amargura. Y como un milonguero cualquiera se lo pasaba entre caña y caña...

Lechuga lo encontró en un momento romántico, entregado a la oración como un coliflor. Y encima le encajó una "patata" feroz.

El tipo no se convocó, aunque ella lloraba por todos sus "porros".

—Me voy con una judia — le declaró con terrible cinismo.

Y se fué nomás, abandonándola como un "higo"...

Las amigas le preguntaron a la desgraciada Lechuga:

—¿No te importa que te abandone así?...

—No me importa. Que cebolla...

Entretanto, el consecuente Lechuguino se había metido en un cañaveral de azúcar para ver si olvidaba tanta amargura. Y como un milonguero cualquiera se lo pasaba entre caña y caña...

Lechuga lo encontró en un momento romántico, entregado a la oración como un coliflor. Y encima le encajó una "patata" feroz.

El tipo no se convocó, aunque ella lloraba por todos sus "porros".

—Me voy con una judia — le declaró con terrible cinismo.

Y se fué nomás, abandonándola como un "higo"...

Las amigas le preguntaron a la desgraciada Lechuga:

—¿No te importa que te abandone así?...

—No me importa. Que cebolla...

Entretanto, el consecuente Lechuguino se había metido en un cañaveral de azúcar para ver si olvidaba tanta amargura. Y como un milonguero cualquiera se lo pasaba entre caña y caña...

Lechuga lo encontró en un momento romántico, entregado a la oración como un coliflor. Y encima le encajó una "patata" feroz.

El tipo no se convocó, aunque ella lloraba por todos sus "porros".

—Me voy con una judia — le declaró con terrible cinismo.

Y se fué nomás, abandonándola como un "higo"...

Las amigas le preguntaron a la desgraciada Lechuga:

—¿No te importa que te abandone así?...

—No me importa. Que cebolla...

